

ESCENAS CERVANTINAS

Aquí se imprimen libros.

La imprenta en época de Cervantes

Cervantes

MUSEO
CASA
NATAL



Comunidad de Madrid
www.madrid.org

Los contenidos de este texto han sido elaborados por **José Manuel Lucía Megías** para la actividad Escenas Cervantinas tituladas *Aquí se imprimen libros. La imprenta en época de Cervantes* para el Museo Casa Natal de Cervantes en el año 2011. Permitida la reproducción parcial o total de esta publicación sin fines comerciales, citando fuente.

Por José Manuel Lucía Megías
Catedrático de Filología Románica de la UCM

La escena y el episodio son bien conocidos y han hecho correr ríos de tintas, pero es siempre una delicia recordarlas. Don Quijote, el don Quijote que, poco a poco, está dejando de ser la simple invención de un hidalgo manchego para convertirse en uno de los caballeros andantes de papel más famosos y reconocidos, pasea por la Barcelona que será el escenario de su triunfo como personaje y de su derrota como caballero. En uno de los paseos con los que Antonio Moreno y sus amigos se divertían a costa de don Quijote, llegaron a una casa, sobre cuya puerta, en letras muy grandes, se podía leer: “Aquí se imprimen libros”. Y sin pensárselo dos veces, el caballero andante entra en su interior pues nunca había visto “emprenta alguna, y deseaba saber cómo fuese” (II, cap. 62). Y en un delirante y preciso episodio, Cervantes, que sí que conocía muy bien las imprentas y todo lo que se cocinaba en su interior, fue describiendo un “taller de impresión” del siglo XVII, que no difería mucho a las imprentas de toda Europa desde su invención en la Maguncia de Gutenberg a mediados del siglo XV. Testimonios como estos, toda clase de documentos y contratos de la época, imágenes grabadas al buril o xilográficas, nos permiten adentrarnos al apasionante mundo de una nueva tecnología para la multiplicación de los textos escritos que se impuso en Europa como un “ejército de soldados de plomo”, una tecnología que, frente a la tecnología de la escritura manuscrita –difundida desde Grecia en el siglo IX a.C.–, permitía una multiplicación de los testimonios, que hacían más accesible su contenido a un público mayor que el que podía acercarse a los preciosos y únicos manuscritos. Y este canto a la “democratización” del conocimiento a partir de la “multiplicación” de los libros que los transmiten, se convirtió en uno de los lugares comunes más transitados por los primeros defensores de la tecnología de la impresión manual que, como toda nueva invención que



Grabado *Don Quijote visita una imprenta*.
Edición 1797-1798, Madrid, El ingenioso hidalgo Don Quixote de la Mancha (Gabriel de Sancha)

supone cambios en los estrictos modelos de control ideológico y cultural, no fue visto por todos con buenos ojos en la Europa del siglo XV.

Así se expresaba Guillaume Fichet en 1471, un año antes de que la imprenta llegara a suelo peninsular (con la impresión del *Sinodal* en la villa segoviana de Aguilafuente), y así hemos de entender cómo se vivía en el siglo XV la aparición de una nueva tecnología a la hora de difundir el conocimiento y la información, que no es otra que nuestro libro actual.

“El estudio de las humanidades tiene una deuda importante con la luz que proporcionó esta nueva especie de libreros salidos de Alemania como un caballo de Troya para extenderse a todos los rincones del mundo civilizado. Se cuenta en todas partes que en las inmediaciones de Maguncia vivía este Juan, conocido como Gutenberg, que fue el primer inventor de la imprenta, gracias a la cual, sin necesidad de caña ni pluma, sino solo gracias a los tipos metálicos, los libros de fabrican rápida, correcta y elegantemente. La



Imprenta. S.XVI

invención de Gutenberg nos ha legado los tipos con los que todo lo que se dice y piensa puede ser inmediatamente escrito, reescrito y legado a la posteridad”. Pero, ¿realmente fueron más sabios los hombres del siglo XVI frente a sus cercanos parientes del Medioevo, que no tenían acceso a tantas obras? ¿Acaso la acumulación y la accesibilidad a la información son sinónimos de sabiduría? Y la respuesta no puede ser más que negativa, y así se fue abriendo camino un nuevo lugar común de críticas a la imprenta, que, entre otros, transitó Lope de Vega, quien denuncia que, entre tanto ejemplar impreso, muchos son los ignorantes que se creen sabios: “Después que vemos tanto libro impreso, / no hay nadie que de sabio no presuma”... Ya lo decía el mismo Petrarca en el siglo XIV, cuando, gracias a la difusión del papel que venía de Oriente a través del mundo árabe, también criticaba cómo muchos se creían sabios porque compraban y compraban muchos manuscritos y tenían sus casas llenas de estanterías. De ser así, se quejaba el propio Petrarca, el hombre más sabio del mundo sería el librero (y no suele ser así en casi ningún caso). ¿Somos acaso nosotros hoy más sabios por tener un acceso más fácil a ingentes cantidades de información, tanto gracias a la tecnología de la imprenta como a la tecnología digital?

En un momento como el que vivimos hoy en día, en que estamos viendo cómo una nueva tecnología para la difusión y conservación de la información y del conocimiento se está imponiendo en nuestras vida (el texto digital), no es baladí volver la vista a los orígenes de la tecnología de la imprenta que, pasados menos de cinco siglos, está comenzando a ser obsoleta. Si en el siglo IV a.C. se impuso el cambio de la oralidad a la escritura manuscrita, si a partir del siglo XV se consumará la trascendencia de la difusión impresa de la escritura frente a la manuscrita, ahora desde el final del siglo XX, estamos viendo cómo se impone un nuevo modelo de difusión y de conservación que, partiendo de la tecnología de la escritura (manuscrita e impresa), también recupera algunos aspectos esenciales de la oralidad: la actualización, la participación, la interactividad. El texto digital va más allá de un cambio tecnológico (como el paso del manuscrito a la imprenta) y se acerca más al cambio de paradigma cultural y de civilización que supuso el triunfo de la tecnología de la escritura frente a la oralidad, tanto para la conservación del conocimiento como para su difusión.

1. LA IMPRENTA: DEL ARTE A LA INDUSTRIA

Los libros impresos desde la conocida como *Biblia de 42 líneas*, que Gutenberg terminó en Maguncia entre 1454 y 1455, hasta los que se imprimieron antes del 31 de diciembre del año 1500 se conocen con el nombre de incunables. A lo largo del siglo XV, el arte de la imprenta se difundirá por toda Europa siguiendo los caminos transitados por el comercio y la política. Desde Maguncia, desde Alemania, el arte de la imprenta llegará a Francia, Italia, Países Bajos, y también a España y a Gran Bretaña. Y de la mano de esta nueva forma de difusión de la información y del conocimiento, se impondrán dos nuevos elementos que no existían en la tecnología de la escritura manuscrita, al menos no de la manera que se desarrollará en el siglo XVI, y de la que somos (irremediablemente) herederos: por un lado, la censura y control ideológico y religioso de todo lo difundido; y por otro lado, la imposición de una industria alrededor del libro, en que la figura del lector deja paso a la del comprador.



Biblia de Gutenberg

La censura –que lógicamente todo poder había ejercitado anteriormente- verá sus días de gloria con el desarrollo y difusión de la imprenta que, no de manera casual, va a ser potenciada por todos los poderes: los Reyes Católicos, sin ir más lejos, impondrán numerosas exenciones fiscales para que los maestros impresores europeos se instalen en suelo peninsular. Todo libro impreso en los Siglos de Oro es un libro censurado, controlado por el poder, que será más permisivo y abierto en los primeros cincuenta años del siglo XV, y mucho menos cuando estalla la Reforma y la Contrarreforma que emana del Concilio de Trento (celebrado desde 1545 a 1565). Así, en el caso hispánico, las leyes de control sobre lo publicado (que debía contar con una licencia de impresión) se van a ir complicando hasta la famosa Pragmática de 1558, que marcará un antes y un después en el control de la Monarquía Hispánica sobre lo publicado (y comprado y difundido). En un mundo en que las letras pueden hacer tanto daño como las armas, es necesario controlar las unas con el pulso y el poder de las otras.

Por otro lado, el desarrollo de una industria alrededor del libro, de la multiplicación de ejemplares que forman parte de una misma edición, tendrá también sus consecuencias en la forma externa de los ejemplares, que hoy en día también hemos heredado. Si en la “incipiente” industria de la transmisión manuscrita, el lector era, en muchos casos, el impulsador de una determinada copia (solo en el ámbito universitario, con la copia múltiple de ejemplares a partir de cuadernos, podemos hablar de un “público comprador”, muy limitado y controlable, eso sí); en la tecnología impresa se va a imponer la figura del “comprador” frente al lector. Industria editorial que, dada el alto coste de la nueva tecnología, necesita de grandes inversiones económicas que deben ser amortizadas en poco tiempo. Libreros y editores –en muchos casos, mercaderes- serán los que marquen las líneas maestras de este nuevo negocio.

Nuestro famoso caballero andante cuando sigue sorprendiéndose con los diversos trabajos que se realizan en la imprenta, comienza un curioso diálogo con un autor que está allí corrigiendo las pruebas de una obra suya: una traducción de la obra *Le bagatele*. Y entre unas cosas y otras, el autor le explica al curioso caballero andante qué es lo que pretende sacar de sus obras impresas: “Pues, ¿qué? -dijo el autor-. ¿Quiere vuesa merced que se lo dé a un librero, que me dé por el privilegio tres maravedís, y aún piensa que me hace merced en dármelos? Yo no imprimo mis libros para alcanzar fama en el mundo, que ya en él soy conocido por mis obras: provecho quiero, que sin él no vale un cuatrín la buena fama” (II, cap. 62). “Provecho” que no “fama”; “industria” que no “arte”. Por eso, el libro en los Siglos de Oro se irá llenando de paratextos, de elementos ajenos al texto y propios del

medio de transmisión que es el libro para llamar la atención al lector, a ese comprador que dará sentido a toda la industria, a la inversión económica realizada para poner en el mercado tal cantidad de ejemplares de una obra: la portada, con su título que hace las veces de anuncio publicitario (en especial libros que forman parte de sagas y de ciclos), con su estampa, que indica el género editorial en que se inserta la obra; así como los paratextos literarios, como prólogos, poesías laudatorias, etc. en que se elogia a la obra y al autor, y se le hace, de nuevo, atractivo al comprador. Los manuscritos medievales carecen, en su gran parte, de portadas: ¿qué necesidad hay de identificar, de promocionar lo que ya está vendido? Todo lo contrario a lo que sucederá en el mundo de la imprenta, donde, no lo olvidemos el precio de los libros se establecía por ley, en relación al número de pliegos de papel utilizados para su impresión. Habrá que esperar al siglo XVIII para encontrar una liberalización del precio de los libros en España. Abaratamiento de los costes con papel e impresión de menor calidad, libros en formato más pequeño o venta por fascículos son estrategias editoriales actuales que eran ya el pan suyo de cada día en la industria editorial de los Siglos de Oro. Poco se ha inventado en la industria moderna en sus más de cinco siglos de existencia.

2. LA IMPRENTA POR DENTRO Y EL LIBRO POR FUERA

“En suma, puedo decir ser tal arte [de la imprenta] no solo ingeniosísima y noble, sino del provecho público y particular que se sabe, y así digna de toda honra y estimación. La fatiga de todos sus oficiales es increíble, y no menor la de los autores mientras duran las impresiones de sus libros. Entre unos y otros suele haber no pocas diferencias y voces, nacidas así de las prolijidades de los primeros, como de las remisiones de los últimos; si bien en parte están disculpados por ser precioso en ellos cualquier instante de tiempo para la puntualidad de sus tareas, que suelen ser grandes. Mas al cabo pasan todas estas rencillas en mucha conformidad, satisfacción y agradecimiento”. Con estas palabras concluía Cristóbal Suarez de Figueroa en Discurso CXI “De los impresores”, insertado dentro de su *Plaza universal de todas las ciencias y artes* (Madrid, Luis Sánchez, 1615). Y así debía ser una imprenta: un espacio de “no pocas diferencias y voces”, ya que los diferentes oficiales que trabajaban en ella estaban sometidos a la dictadura de los tiempos y del trabajo en cadena: oficiales que, a medida que los talleres de impresión iban creciendo, ellos se iban especializando. Y así, dentro de una imprenta encontraremos correctores, cajistas (o componedores, como se les llamaban en la época), tiradores, batidores, junto al impresor, al librero, y a una discontinua cantidad de aprendices, que de todo practicaban y de nada

sabían. Talleres de impresión en que el vino corría con la misma alegría con que las horas se pasaban, de sol a sol, en lugares donde la luz era un bien preciado, solo accesible para el corrector, para aquel que tenía que comprobar que lo que se imprimía se acercaba lo más posible a aquello que el autor había entregado, aquello que el Consejo de Estado había dado licencia para su impresión. Recordemos la primera impresión de don Quijote al llegar a la imprenta barcelonesa: “Entró dentro, con todo su acompañamiento, y vio tirar en una parte, corregir en otra, componer en ésta, enmendar en aquélla, y, finalmente, toda aquella máquina que en las empressas grandes se muestra. Llegábase don Quijote a un cajón y preguntaba qué era aquello que allí se hacía; dábanle cuenta los oficiales, admirábase y pasaba adelante...”. “Tirar”, es decir, el trabajo que hace el tirador con la prensa, acompañado por el batidor, encargado de entintar las formas tipográficas; “componer”, que es el trabajo del cajista, que convierte el “original de imprenta”, manuscrito en una primera edición, en formas tipográficas gracias a los tipos de imprenta; y por último “corregir” y “enmendar” que da cuenta de los dos trabajos que hace el corrector en el proceso de una impresión: “corregir” el original de imprenta para prepararlo para su composición, introduciendo la puntuación y otros signos ortográficos; y luego “enmendar”, cotejando que aquello que se ha impreso sea lo mismo que estaba en el “original de imprenta”, llevando a cabo las enmiendas necesarias cuando se ha producido cualquier tipo de alteración o de divergencia textual.

Dos componedores (o cajistas) trabajaban para “alimentar” una prensa, que iba imprimiendo los pliegos necesarios para completar una edición de un libro en los Siglos de Oro, cuya tirada rondaba alrededor de los 800 ejemplares. Obras en los que el editor o librero había puesto grandes esperanzas de venta, podían llegar a alcanzar tiradas mayores, como las del primer “Quijote”, que se estima por los 1200 ejemplares.



Imprenta s.XVI

No se olvide que la manera de recuperar el dinero era la venta rápida de una edición, ya que todos los libros con el mismo número de páginas, al margen del autor y del género, costaban lo mismo. De ahí, que el tamaño de los libros, su formato, tenga que ver mucho con el público al que iban destinados: los libros más grandes, los llamados “in-folio”, en los que solo se doblaba una vez el pliego, eran los que más papel gastaban para su

impresión, por lo que eran libros caros, solo accesible para un grupo de compradores pudientes... a medida que el libro se va haciendo más pequeño (mayor dobleces de un mismo pliego de papel, que tenía siempre un tamaño estándar), se abarata su precio, por lo que los libros “en cuarto” (dos dobleces), o “en octavo” (tres dobleces), resultan más populares. De ahí que podamos hablar de una “sociología de los formatos”, ya que algunos de estos libros relacionaban formato, calidad de la impresión, imagen de la portada con un determinado género literario. Los libros de caballerías (a excepción del “Quijote”), son todos en formato folio y con el grabado de un majestuoso caballero en la portada. Los libros de pastores, en cambio, son libros pequeños, pensados más bien para ser leídos en el camino, los conocidos como “libros de faltriquera”, o, como diríamos hoy, “libros de bolsillo”.

* * *

El libro impreso está viendo cómo hoy en día se están imponiendo nuevos modelos de difusión de los textos, de la información y del conocimiento. Un momento apasionante, lleno de sombras y de luces. Un momento en que la imprenta, con sus modelos impuestos por una industria en el siglo XVI, está llegando a su fin. En absoluto es el fin de la difusión de los textos ni de la cultura (hechos escritura a partir del siglo IX a.C). Pero sí el momento del fin de una forma de entender la difusión a partir de un artefacto tecnológico muy complejo, ese que conocemos con el nombre de libro, y sobre el que el “Quijote” ha ido difundiéndose por todo el mundo, que por su carácter físico necesita de altos costes de almacenamiento y cuya difusión resulta muy limitada, vinculada a redes de librerías cada vez más generalistas y comerciales, y menos especializadas.

La *Iliada* y la *Odisea*, nacidas y difundidas en la oralidad, se han seguido difundiendo en rollos de papiro, códices manuscritos, libros impresos y ahora en portales digitales. Y así también le sucederá al “Quijote” y a tantas obras que encuentran su sentido y razón de ser en el éxito de la imprenta durante los Siglos de Oro. La tecnología de la imprenta se tendrá que acostumbrar a convivir con la tecnología digital, del mismo como lo ha hecho la oralidad con la escritura y la tecnología del manuscrito con la imprenta. Aunque ahora nos parece difícil de ver (estamos en el ojo del huracán de una revolución cuyas consecuencias desconocemos), lo cierto es que el hilo cultural no se rompe con la tecnología digital sino que, al contrario, se fortalece al recuperar para la escritura (en principio estática por los soportes de transmisión) aspectos propios de la oralidad, como la interactividad con el lector. Lo cierto es que los textos, en cada época, se tienen que adaptar

a las tecnologías de su transmisión, así sucedió del paso del rollo (continuo pero breve) al códice (discontinuo pero amplio), o de este al libro impreso, en que se impuso la unidad textual relacionada con la unidad física. Los cambios que nos deparará la tecnología digital están todavía por verse, aunque los ritmos de hoy nada tienen que ver con los del ayer; donde antes se contabilizaba por siglos ahora lo hacemos por decenios. Tiempo al tiempo.

BIBLIOGRAFÍA

OLLERO RAMOS. *Aquí se imprimen libros*, Madrid, 2005

LUCÍA MEGÍAS, José Manuel (ed.). *Don Quijote*, 1605, Madrid, Ayuntamiento, 2005

RICO, Francisco. *El texto del Quijote*, Barcelona, Ariel, 2007